

## EL MÁS ALLÁ EN EL TEATRO DE GABRIEL MARCEL

MARCEL BELAY

The article focuses on one of the central themes of Gabriel Marcel's thought: the afterlife and the presence of the dead. Marcel approaches such a "mystery" through his plays, one of the most important aspects of his thought.

*Keywords:* afterlife, presence, plays, mystery.

Voy a esforzarme en mostrar el lugar que la supervivencia y el más-allá tienen en el drama de numerosos personajes del teatro de Marcel, en particular en dos obras: *L'iconoclaste* y *L'insondable*. Apuntaré también, más brevemente, los aspectos bajo los que este tema se introduce en otras obras como *Le Sol Détruit*, *Le Monde Cassé*, *Le Dard*, *L'émissaire*... Cederé a menudo la palabra a los protagonistas y citaré algunos textos filosóficos de Marcel que me parece que esclarecen el significado metafísico de algunas de las réplicas que reproduzco y dan respuesta a las cuestiones que éstas me sugieren.

Comencemos entonces por esta obra, *L'iconoclaste*, poco conocida pero que, lo hemos comprobado en estos últimos tiempos, apasiona a los estudiantes checos aunque según el propio Marcel sea "sinuosa" y "desconcertante". He aquí cómo la presenta. Lo cito:

"Abel Renaudier ha amado apasionadamente a Viviane, la mujer de Jacques Delorme, su más íntimo amigo, un amigo de siem-

pre. Pero no ha expresado directamente este amor; además, creyendo entender que Viviane estaba apasionadamente unida a Jacques, se dedicó a encontrar a éste digno de ella, quitándose de en medio. Pero Viviane ha muerto; Abel no puede concebir la idea de que Jacques rehaga su vida; a sus ojos es como, si en compensación del sacrificio que él ha llevado a cabo, Jacques debiera comprometerse a no encontrar nunca consuelo. Por ello, verá con un verdadero sentimiento de indignación el que Jacques vaya a casarse con Madeleine Chazot; es, por tanto, un ser mediocre, y ahora le parece que debe vengar a aquella que ya no está [...]. Su venganza consistirá en despertar en Jacques sospechas retrospectivas sobre la fidelidad de Viviane: ¿acaso no resulta indigno de guardar una imagen sin mancha de aquella a la que él mismo ha traicionado? Sin embargo, en el mismo momento en que consigue despertar en Jacques una atroz inquietud retrospectiva, descubrirá que si Jacques se ha vuelto a casar es porque él mismo se creyó empujado por la propia difunta; en su desesperanza Jacques quiso matarse; pero entonces ella se le manifestó, lo empujó a vivir y a casarse con Madeleine para dar una madre a sus hijos [...] Al desterrar en Jacques la confianza en Viviane, Abel mina así la fe que le ha permitido vivir. Jacques dudará en este momento de esta comunicación con el más-allá, sobre la que ha basado su existencia: le parecerá haber sido el juguete de una ilusión, y acabará por querer la muerte de sus deseos. Abel no dudará en valerse de una mentira para devolver a Jacques su fe perdida. Pero es en vano. Los seres no pueden encontrar el acuerdo más que en la verdad, pero ésta no es separable del gran misterio en el que nos encontramos envueltos, en el que tenemos nuestro ser”.

Abel conoció la tragedia de Jacques gracias a Madeleine. Ella le confiesa:

“— Jacques vive mucho en el más-allá [...] poco a poco nació en él el sentimiento, en fin, la certeza de que su mujer estaba todavía allí, que lo veía [...] y que velaba por él.

Abel (de manera indiferente):

— Continúe.

Madeleine:

— Y bien ¿no es así? Le pareció que entre ella y él se establecía una especie de intercambio; sí, no lo puedo decir de otro modo, no solamente una intimidad, también un intercambio. ¿Por qué me mira con esa mirada de espanto? En ese momento, él fue casi feliz, de una felicidad llena de calma (su voz tiembla), muy pura, que puedo imaginar, creo... y él desearía que aquello durara para siempre. Pero ella no lo quiso, o en fin, lo que él creía ser ella. Porque de todas maneras no lo sabemos. Poco a poco, esta suerte de presencia se hizo más infrecuente, cada vez más infrecuente, y él no comprendía, se desolaba... y un día, de nuevo, ella se... ¿debería decir manifestó?... ante él. Él le reprochó el haberlo abandonado, ella le respondió que no quería semejante fidelidad, pues se trataba de una fidelidad egoísta... No podré continuar si me mira de esa manera... el verdadero medio de probarle que todavía le amaba era no vivir en la viudez, sino buscar una mujer que lo amara, que fuera... una madre para sus hijos.

Abel:

— ¡Ah!

Madeleine:

— Y a quién contaría todo, pues no debían ser separados por este gran secreto. En el nombre de su amor, del amor de ambos, ella le pidió este sacrificio, puesto que ella sabía bien que sería un sacrificio. Y añadió que, si se negaba, ella ya no podría... comunicarse con él, estarían separados como por un muro. Y él dudó en prometérselo porque se preguntaba si todo esto no sería un fantasma de su imaginación, entiende usted; pero como ella no volvió a aparecer, un día él suplicó que regresara y lo prometió. Fue en este momento en el que nos encontramos y yo soy esa mujer”.

De este modo, la fascinación ejercida por el contacto sensorial con el más allá tiene como efecto el comprometerlo, el hacerlo imposible. El más allá no quiere, se podría decir, desviar del aquí-abajo a aquellos a los que se muestra de manera perceptible. Exponiendo esta voluntad, Viviane exige imperativamente a Jacques ser un padre atento y un esposo amante.

Ante este mensaje del más allá, dirigido por Viviane a Jacques, sería lícito preguntarse si —por otra parte, fuera de toda práctica espiritual— nuestros muertos no tendrían la facultad de influir sobre el curso de nuestra vida iluminándonos a través de cierto tipo de inspiración, incluso de órdenes sobre el camino a seguir<sup>1</sup>, la decisión o compromiso a tomar. Recíprocamente, ¿no podríamos hacer algo por nuestros muertos en el más allá? Para intentar devolver a Jacques su fe en la supervivencia de Viviane, Abel presta a aquélla palabras que pretende haber oído de su boca cuando ella vivía todavía y que en realidad ella nunca pronunció. Helas aquí. Es una invención. Sin embargo, no me parecen en absoluto una aberración.

“Incluso a veces —añadió ella— y esto os parecerá quizás superstición, sueño que otros, al rogar por mí, podrían como avivar esta nueva vida. Incluso cuando ya no esté más allí, aquellos que me han amado podrán todavía hacer algo por mí y yo en un intercambio místico [...] podría trabajar por su felicidad”.

¿Es que estos mendaces propósitos no explicarían una verdad misteriosa, a saber, que el destino *post mortem* de los seres que amamos depende de nosotros de alguna manera?

“Los verdaderos muertos, los únicos muertos son aquellos a los que ya no amamos”. Esta afirmación paradójica brota como un grito del personaje principal de la obra que tiene por título *L'insondable*. Está inacabada, sólo cuenta con un acto al que Marcel se ha referido en más de una ocasión... Haré un resumen muy breve.

La acción se sitúa inmediatamente después de la Primera Guerra mundial (que marcó mucho a Gabriel Marcel). Dos hermanos

---

1. Cfr. G. MARCEL, *Journal Métaphysique*, 28 de junio de 1927, pasaje inédito: “la ceremonia que tuvo lugar el domingo tuvo en mí respercusiones imprecisas, pero reales. Lo que más me impresionó fue el sentimiento de un apremio bienintencionado ejercido sobre nosotros por los muertos, ya que es por su sola voluntad que nos encontramos todos [...] en esta pequeña capilla del abad V[iolet]. Curiosamente esta impresión se encontraba ligada, me di cuenta más tarde, a aquella que sentí tan fuertemente en nuestra boda —impresión de una comunión completa con los muertos. Con aquellos que no conocen esta comunión, siento que me es imposible tomar contacto. Una barrera infranqueable nos separa”.

han sido movilizados: uno, Maurice, combatió valientemente durante cuatro años, muriendo la víspera del Armisticio; el otro, Robert, fue hecho prisionero desde el mismo comienzo de las hostilidades. De regreso, algunas semanas después, se halla decepcionado por no haber encontrado en Edith a la mujer cuya imagen había llevado y mantenido durante su cautividad, tiene incluso la impresión de que, en ciertos momentos, ella siente hacia él cierta hostilidad. En realidad, todavía lo ama, pero ha nacido y se ha desarrollado en ella un sentimiento muy fuerte por el desaparecido, Maurice, su cuñado, del que admiró su valor, el olvido de sí, y apreció la afectuosa gentileza hacia todos durante sus permisos. Se confiesa a un sacerdote, el abad Séveilhac, que ha sido el capellán de Maurice en el frente. Le confía que ama al muerto y que se siente unida a él desde lo más profundo de sí misma como si aquél fuese un ser presente. Ella quisiera saber si, en estos contactos con él, pudo descubrir un amor que responde al suyo. El sacerdote se escandaliza —y cómo!— por una petición semejante. Reacciona como un moralizador curtido, condena irremisiblemente esta oculta intimidad amorosa que clasifica en la categoría de faltas graves cometidas de pensamiento. No se da cuenta de que en realidad ella se le escapa. No se le ocurre la idea de que, aunque apasionada, pueda no limitarse a ser una forma imaginaria de erotismo, que pueda ser una auténtica comunión con una dimensión trascendente. Y, sin embargo, Edith intenta explicarla, describirla. Escuchémosla:

“Hay momentos, señor Abad, en los que me es más inmediatamente presente de lo que nunca lo fue durante su vida. Ya no hay entre él y yo ese temor a pensar el uno en el otro impuramente, ya no está la odiosa imagen de un tercero... Ya no hay terceros. No me lance esas severas miradas, señor abad, veo demasiado claramente que no lo comprende”.

En efecto, él se limita a ordenarle que no dé pábulo a este sentimiento “al que nada exterior puede responder”. A lo que ella replica:

“Usted me dice que nada exterior puede dar respuesta. No sé qué es lo que usted entiende por esto. (Con sollozos en la voz). En

el fondo, para usted los muertos ya no están aquí; y usted no piensa de manera diferente a los que no creen. Cualquiera que sea la existencia gloriosa e imposible de imaginar que les atribuye... para usted ya no son personas vivas. Pero para mí, los verdaderos muertos, son aquellos a los que ya no amamos”.

Siempre en la piel de un procurador, el abad la acusa de mantener un lenguaje que no tiene nada de cristiano. No sin valentía y con toda intención, ella responde: “¿depende de mí tener el corazón ortodoxo?”. Para ella, la fe no tiene nada que ver con ninguna sujeción a dogmas o a leyes.

“La única religión que puede contar —continúa ella— es aquella que nos introduce en otro mundo en el que las miserables barreras que separan a los seres de carne y hueso se desvanecen en el amor y la caridad. Sí. Él y yo estamos íntimamente unidos; sí, lo siento conmigo, cada vez más cerca, me rebelo ante la idea de que esto pueda ser algo culpable. Pues es la vida; todo lo demás, no es ante mis ojos sino una...”.

El abad permanece cerrado. Edith se convierte a su vez en acusadora y acusadora vehemente, cruel. Edith le reprocha “no haberse comprometido a seguir las huellas, más allá de lo que se puede ver y oír,” de los soldados que han muerto en sus brazos, de haberse contentado con haberlos remitido a la misericordia de Dios; “una vez cumplido ese duro trabajo”, —le reprocha— haber sentido “no sé qué satisfacción de funcionario concienzudo, que se frota las manos, acabada la jornada, delante del papeleo amontonado”. Edith no puede contener ni su cólera ni su dolor: eructa la injuria y estalla en sollozos. Para ella es demasiado irritante e insostenible que lo que ella vive como una eclosión del alma que la eleva más allá de sí misma sea reducido al nivel de lo ilusorio y de lo pecaminoso. Lo explica en estos términos:

“Cuando pienso en él de una cierta manera, con ternura y recogimiento, se despierta en mí como una vida más rica de la que sé que él participa. Esta vida, no soy yo, no es él, ya no: somos los dos. ¿Os lo confesaría? Esperaba, en cierto sentido, que os fuera dado compartir esta especie de conversación sin palabras cuya dulzura...”.

La presencia del muerto es sentida por Edith como una unidad intersubjetiva: un “nosotros” que excluye al tercero, observador y juez, el “él”, pero del que pueden formar parte todos aquellos abiertos al otro como a un “tú”, según la terminología del *Journal métaphysique*.

Por lo tanto, en el teatro de G. Marcel, el más allá y la Presencia son, de alguna manera, correlativos si no idénticos. Entiendo por esto que el más allá no se presenta como una idea sobre cuya validez los personajes podrían debatir, sino como una Presencia que ellos sienten o sobre la que se preguntan. Jacques, en *L'iclonoclaste*, quisiera estar seguro de que su contacto con lo que ha sentido como más allá no ha sido un engaño. No espera que Abel le convenza con una demostración lógica sino con la seguridad de que, durante su vida, Viviane había sentido este más allá, desde el que él cree que ella se ha hecho presente. Una presencia que es trascendente. En este sentido sobrepasa nuestro conocimiento objetivo, que está más allá de todo saber que es, o puede llegar a ser, científico. Es por esto por lo que pienso que ante el espiritismo que reivindica ‘el cientificismo’, Marcel tiene una actitud que oscila entre el interés a menudo vivo y la reserva a menudo crítica, incluso irónica, y que no es, por tanto, nunca pura y simple adhesión. Extraigo de su *Journal Métaphysique* este pasaje de la anotación del 1 de abril de 1943:

“[...] la inmortalidad no tiene que ser probada como un hecho objetivo. Aunque algo nos empuja irremediabilmente y a pesar de todo a aspirar a esta demostración; sin embargo, al mismo tiempo, somos capaces de trascender esta aspiración; se vuelve siempre a la última escena de *L'iclonoclaste* que sigue siendo uno de los ejes de mi obra”.

Ahora bien, en esta escena, Abel afirma que la presencia del ser desaparecido no se da sino en el Misterio. Leamos un pasaje de esta última escena a la que se refiere Marcel:

“Jacques:

— No puede haber descanso para mí si no sé que ella me escucha.

Abel (con fuerza):

— No, Jacques, incluso si eso es cierto, incluso si ella te ha hablado, no es en esa conversación precaria, en este diálogo azaroso donde obtendrás las certezas de las que está ávido tu corazón.

Jacques (con apasionamiento):

— Ver, oír, tocar...

Abel:

— Tentación, por la que lo más puro de ti no se deja engañar... Bueno, no serás satisfecho durante mucho tiempo por un mundo en el que el misterio hubiera desaparecido. Así está hecho el hombre.

Jacques:

— ¿Qué sabes tú del hombre?

Abel:

— Créeme: el conocimiento exilia al infinito todo lo que cree aferrar. Quizás es sólo el misterio el que une. Sin el misterio, la vida sería irrespirable...".

Sólo el Misterio reúne. En él, los seres pueden reunirse y reunir a aquellos a quienes la muerte parece haber alejado para siempre jamás. Es en él donde puede nacer el sentimiento de una presencia de los Invisibles, real pero inverificable. Misteriosa, la presencia de los seres del más allá no nos ofrece por lo tanto "informaciones" sobre el más allá. Gabriel Marcel con su habitual humor declaraba que una "guía azul del más allá" no es posible. No negaba categóricamente que pudiera intentarse alguna descripción "pero [cito] lo que me parece indiscutible, es que en el seno de esta vida extraña que es la nuestra, estamos constituidos y situados de tal manera que el más allá debe permanecer como más allá, y que es, además así, por muy paradójico que parezca, como este más allá puede hacérsenos presente; el más allá no puede hacérsenos presente más que como un misterio del cual, más aquí de la teología, no podemos sino presentir los acercamientos".

"Acercamientos", sí, solamente acercamientos pero, sin embargo, ricos "en indicios", incluso en "destellos" que se deslizan "en

esta noche casi completa que nos rodea y en la cual a ciertas horas el espesor corre el riesgo de sofocarnos...”.

Hay en ello una cuestión que es difícil no plantearse sobre todo después de un luto particularmente doloroso. La cuestión: “¿en qué se han convertido nuestros muertos?” de François Villon. ¿Qué subsiste del Desaparecido? Encontramos esta pregunta planteada de un modo similar en boca de Edmée, personaje de *Le Sol Détruit*, un esbozo de la obra *La chapelle ardente*. Edmée, a cuyo prometido mataron durante la Gran Guerra, pregunta: “¿lo volveremos a encontrar, a él, con sus ojos, su sonrisa? Su sonrisa...”.

Para Madame Lambertin, la madre de Michel, es el conocimiento del alma el que nos colmará mientras que, para Edmée, esta palabra, ‘alma’, oculta, en ciertas ocasiones al menos, un vacío que le espanta. No creo que Gabriel Marcel la hubiera empleado. Quizás (aquí, evidentemente, yo me aventuro un poco temerariamente) habría podido responder a Edmée que encontraremos al ser amado en toda su concreción, por tanto, de alguna manera, corporeizado. Cito:

“Se trata de saber si, en condiciones extremadamente difíciles de señalar y que probablemente exceden las posibilidades de la ciencia objetiva, no se crea, a medida que vivimos, de manera inmanente al cuerpo-objeto, un cuerpo que es, si puedo decirlo, de otra esencia, y que es susceptible de sobrevivir al cuerpo-objeto y de pasar a otro dominio”<sup>2</sup>.

Este cuerpo “susceptible de sobrevivir” no se concibe, según me parece, sin la facultad de sentir. La muerte sería entonces, como lo apunta Marcel el 23 de octubre de 1920, “otro modo de sentir, no la supresión del sentir”. Ahora bien, el sentir ¿es concebible fuera de toda corporeidad, cualquiera que sea su esencia?

“Gracias a la muerte nos abriremos a aquello de lo que hemos vivido en la tierra”, dice otro personaje de Gabriel Marcel. ¿Es acaso porque subsisten en su humanidad única y singular por lo que nuestros Muertos pueden hacérsenos presentes, especialmente en

---

2. Cfr. G. MARCEL, *Journal métaphysique*, p. 236.

los momentos más cruciales de nuestro drama humano? ¿Y de una Presencia indispensable? Dos obras, en cualquier caso, nos empujarían a creerlo. Se trata de *Le Monde Cassé* y de *Le Dard*. *Le Monde Cassé* es el drama de una joven mujer, Christiane Chesnay que, antes de su boda ha estado completamente enamorada de un joven: Jacques Decroy. Él le anunció su ingreso en una abadía benedictina el mismo día en el que ella iba a confesarle que lo amaba. Desde este momento, *su alma ya no ha habitado en su vida*, no ha buscado sino aturdirse para olvidar. Su matrimonio con Laurent ha sido un fracaso: todos sus esfuerzos para acercarse a él han sido en vano. Termina por serle infiel, sin amor. ¿Van a romper como parece casi inevitable? Es entonces cuando recibe una revelación de boca de una de sus amigas, Geneviève Decroy, la hermana de Jacques. Ésta le da a conocer que, poco tiempo antes de morir, en su convento, él tuvo la intuición del amor del que había sido objeto y que no había imaginado: comprendió de repente que el acto por el que se había dado a Dios había podido significar para Christiane la desesperación y la perdición. Desde este instante rogó ardientemente para que ella fuera iluminada. Al final de la obra veremos esta plegaria atendida. Christiane, en un principio al borde de la confusión y de la revuelta al escuchar a Geneviève, acaba por recibir la luz que despide el rostro de esta mujer; le pregunta: “Geneviève, ¿acaso él me ve?”. “La ve, responde Geneviève, y en este momento usted lo sabe”. (Las dos mujeres se abrazan silenciosamente). Christiane seguirá estando al lado de Laurent, ante quien aparece ahora como un ser en cierta medida transfigurado. “¡Ah! es como si me hubieras sido devuelta después de tu muerte”. A lo que ella responde: “intentaré ser digna de tales palabras”.

En *Le Dard*, Werner, un músico alemán, para huir del hile-rismo, se refugia en casa del matrimonio Soreau: Eustache y Béatrice, que son amigos suyos. Va a regresar a Alemania donde los nazis, con toda probabilidad, se desembarazarán de él del mismo modo que eliminaron a Rudolf, su máspreciado amigo. Pide a Beatriz, por quien se siente amado y a quien ama (es la razón de su marcha) que permanezca a su lado lo que cueste al lado de su marido,

Eustache, corroído por la mala conciencia de su éxito social y con el que ella ya no tiene verdadera comunicación. Ella no se siente con fuerzas:

“Béatrice:

— Yo no soy tan valiente. Te lo aseguro.

Werner:

— Pensaré en mí, como yo pienso en Rudolf. Más tarde yo le habitaré como Rudolf me habita... Y se acordará entonces de lo que le dije hace algunas semanas: si no existieran más que los vivos, Béatrice...”.

El final de su frase era éste: “pienso que la tierra sería completamente inhabitable”.

A estos muertos que nos habitan y hacen el mundo habitable, la vida respirable, Antoine Sorgue, en *L’emissaire* —un drama nacido de la última Guerra y de la Resistencia— se los representa como una bóveda de presencias que nos recubre. Escuchémosle:

“— Descubrí una cosa tras la muerte de mis padres: lo que llamamos sobrevivir es, en realidad, vivir bajo, y los que hemos amado con lo mejor de nosotros mismos se transforman en una bóveda palpitante, invisible, presentida e incluso rozada, bajo la cual avanzamos cada vez más encorvados y recogidos sobre nosotros mismos, hacia el instante en el que todo será absorbido por el amor”.

Y ahora, antes de terminar, divagaré todavía un poco al formular dos preguntas que no guardan relación entre ellas.

La primera. Todos nosotros, aspirando a conocer la suerte de nuestros muertos en el más allá, ¿podemos pensar que esta marcha hacia el instante en el que todo será absorbido por el amor, la nuestra aquí-abajo, mientras alcanzamos la madurez gracias a la fe y la caridad, continúa en el más allá? Nada en su teatro responde a esta cuestión. Pero Gabriel Marcel es positivo. En 1973, en las *Décades de Cerisy*, apoyándose en Gregorio de Nisa, sostuvo estas palabras:

“No puedo pensar en el más allá más que como en un caminar. ¿Un caminar hacia qué? Diría que hacia el todo en todos, como una comunión tan completa como posible. No creo ni por un segundo... que se pueda caer bruscamente sobre una suerte de intemporalidad. Esto me parece absurdo. Es gracias a una luz divina como podemos entrever este caminar... que es un caminar hacia Dios, es decir, hacia la incorporación al Cuerpo místico pues, para mí, esta noción de Cuerpo místico es de alguna manera última. No creo que pueda ser superada”.

Y llegamos a la segunda cuestión, muy diferente:

¿Qué naturaleza posee la certeza que se puede tener de la presencia de un muerto, cuando más allá de toda práctica espiritista, esta presencia ha sido sentida en lo más íntimo de sí mismo?, como es el caso de Edith y quizás el del propio Gabriel Marcel. A sus ojos, no puede ser una certeza objetiva en el sentido estricto del término, lo que excluiría toda cuestión, toda puesta en cuestión. La pregunta, notémoslo de pasada, no abandona jamás el pensamiento de Gabriel Marcel. Aquí hay, sin duda, una seguridad, pero según su expresión, bastante insólita, es “una seguridad temblorosa”. ¿Qué entender por esto? La presencia de los muertos no puede faltar. Allí donde se salvaguarda una fervorosa fidelidad a estos muertos, no puede dejar de estar presente, es indefectible. Pero no tiene la permanencia de una esencia como la tendría la del objeto que está siempre allí, piense o no en ella. Puede no manifestarse, es decir, no ser sentida, como una luz puede ser interceptada. Esta presencia es un indefectible pero un indefectible susceptible de eclipse. Se ilumina al resplandor de los “fuegos intermitentes de lo indefectible”. Por retomar la sorprendente metáfora de Gabriel Marcel. La intermitencia es la prueba del alma fiel que está condenada a pasar la experiencia de la noche, durante la cual lo que ha sido percibido como realidad de una presencia parece poder no ser percibido sino como un fenómeno puramente subjetivo. Es el efecto de una reflexión reductora. Es en este punto en el que la reflexión tal y como la entiende y practica Gabriel Marcel puede resultar de una ayuda preciosa, al ejercerse sobre esta reflexión reductora, la pone al día, destaca los presupuestos de todo tipo

(particularmente las imágenes espacializantes engañosas) que oculta. A este propósito, subrayemos que la filosofía de Gabriel Marcel, hombre tan pronto al entusiasmo como a la indignación, no es en absoluto una filosofía de la impresión o del sentimiento, sino de la “reflexión tan estricta, tan rigurosa como sea posible, ejercida sobre la experiencia más intensamente vivida”. Esta reflexión, en el caso que nos ocupa, puede, por lo tanto, suavizar o al menos limitar el valor de los argumentos negadores y, consecuentemente, eliminar ciertos obstáculos que impedirían al alma, atrometada por la duda abrirse a una Luz, la de la Gracia.

La seguridad temblorosa, reactualizada por la Gracia, otorga a la esperanza la fuerza para triunfar sobre las tentaciones de la desesperanza, es decir, el ser una auténtica esperanza. La esperanza que ha mantenido Gabriel Marcel hasta el fin de su vida y a pesar de todo lo que podía hacerle sufrir un singular ardor espiritual, es sobre todo la de encontrar en el más allá a los seres amados hacia los que su mirada interior no cesaba de dirigirse. Termino con una relectura de este pasaje de su autobiografía, *En chemni vers quel éveil?*

“Creo poder afirmar que aquellos que ya no están en este mundo pero que pueblan mi corazón, se presentan ante mí cada vez más claramente, sino como intercesores, al menos como mediadores, de suerte que estos reencuentros a las que aspiro con todo mi ser no pueden tener sentido más que en la Luz de Cristo. La Luz de Cristo: siento una extraña emoción al articular estas palabras, pues tienen para mí algo de insólito; sin embargo, significan para mi espíritu que Cristo es bastante menos un Objeto sobre el que podría concentrar mi mirada que un Iluminar que puede hacerse rostro, o más exactamente, mirada. Pero no se mira, hablando con propiedad, una mirada, se es penetrado y quizás cada vez más cuando uno se siente a sí mismo mirado”.

Marcel Belay  
Paris